

LA ENCÍCLICA *FIDES ET RATIO* Y LA FILOSOFÍA. APUNTES PARA UN ANIVERSARIO

VÍCTOR SANZ

Se ha cumplido recientemente un año de la publicación de la Encíclica *Fides et ratio* (*FR*). Se trata de un documento, según trascendió entonces, concebido desde hacía tiempo y fruto de una larga preparación. Por otra parte, es un texto que se ocupa de la filosofía e interpela a los filósofos, a los que se dirige de modo expreso (*FR*, 6 y 106) y acepta como interlocutores, en un tono que, sin caer en la adulación halagadora, trasluce una amable y estimulante cercanía: la de un Papa, que es filósofo y dialoga con los filósofos. La Encíclica plantea también un reto al quehacer filosófico en una época, como la actual, que manifiesta signos de evidente cansancio en la búsqueda de la verdad, cuando no de una clara renuncia a ella, bien encerrándose en una actitud en exceso erudita y tecnicista –y, por tanto, esotérica– que aleja de la consideración de lo real, o complaciéndose en la superficial impresión de que lo que Blondel denomina el problema humano –y que, en sus propias palabras, consiste en la totalidad del hombre– es sencillamente irresoluble.

Juan Pablo II anima a los filósofos “a confiar en la capacidad de la razón humana y a no fijarse metas demasiado modestas en su filosofar” (*FR*, 56). Ambas sugerencias se hallan íntimamente relacionadas y, si lo pensamos detenidamente, reconoceremos que no pocas veces la falta de confianza en la razón ha llevado a buscar refugio en objetivos modestos y a menudo raquíuticos, que aun revestidos, como suele ser habitual, de un copioso bagaje conceptual y argumentativo rescatado del inagotable arsenal de la tradición filosófica, no pueden ocultar un derrotismo de fondo que postula la imposibilidad de aferrar la verdad.

Quizá el peligro más grave, por sutil, que actualmente acecha a la filosofía es la tentación de rebajarse, bajo la tranquilizadora y sugestiva excusa de adoptar el modelo y espíritu científicos, a la condición de un saber particular más, entre otros. No cabe duda de que la insistente y prolongada presión de una cultura y una entera civilización volcada sobre el tener hace difícil dirigir la mirada hacia las profundidades del ser, donde se capta la admirable comunión que subyace a la diversidad de lo real y la trascendente; pero si la filosofía renuncia a ello y condesciende con la situación, la consecuencia inevitable será –ya lo está siendo– la marginación, que hoy día aparece en forma de una banalización preocupante, tanto más cuanto la banalidad misma es objeto de una reflexión que se recrea con gusto en ella. La Encíclica detecta el problema y muestra el riesgo que para la filosofía supone abdicar de su genuino y esforzado intento de comprender el todo de la realidad, porque eso hace inevitable la aparición de otras formas de racionalidad, que no raramente acaban constituyendo simples variantes de una razón instrumental dominadora (FR, 47).

Frente a la tendencia que lleva, de modo casi inercial, a ceder a la presión del ambiente y adaptarse a la situación tratando de obtener algún beneficio, Juan Pablo II alienta a comprometerse con la verdad, que no es sino un “compromiso con la propia existencia” (FR, 33, n. 28). Una propuesta como ésta supone, de antemano, un esfuerzo por salir de sí, por trascenderse. La filosofía no ha sabido siempre llevar con garbo el peso de su propia tradición multisecular, que a veces la ha hecho curvarse sobre sí misma, complacerse en sus sofisticados productos de autoconsumo. Para romper con esta tendencia destructiva, que agota sus fuerzas y no proporciona vías de solución, se requiere una purificación de ese impulso irreprimible que lleva a filosofar y que es el anhelo de conocer impreso en la condición humana. Esa purificación, por otra parte cometido tan antiguo de la filosofía (FR, 36 y 41), no es planteada en *Fides et ratio* como un largo y espinoso camino, repleto de pruebas y penalidades sin cuento, sino como un retorno al origen, a los principios, que se apoya sobre todo en el «ingenuo» redescubrimiento de la capacidad de la razón y aspira a recuperar la confianza en ella. En esto consiste el alcance metafísico al que se refiere la Encíclica (FR, 83).

Juan Pablo II se sirve, a este propósito, de un concepto de filosofía y de filosofar que una tradición de pensamiento demasiado autosuficiente y cerrada sobre sí había depositado, sin muchos miramientos, en el desván de objetos inservibles que, a lo sumo, podrían ser admirados como piezas singulares en el museo de la historia de los conocimientos humanos. Sin embargo, la a primera vista ingenua afirmación de que el hombre es naturalmente filósofo (*FR*, 30 y 64) es lo que proporciona una fuerza singular al documento pontificio, el atractivo propio de un mensaje que interpela a cada uno y le ofrece nuevas perspectivas, no sólo de orden cognoscitivo, sino vital y existencial, pues recuerda que la actividad filosófica no puede sustraerse a las grandes cuestiones que han preocupado a los hombres y mujeres de todos los tiempos.

El retorno a los graves y verdaderos interrogantes que acucian al ser humano requiere, para no resultar aporético, restablecer, como se ha dicho, la confianza en la razón. Ésta deja entonces de entenderse como un principio independiente y desvinculado del sujeto –en cierto modo alienante–, para integrarse en lo más íntimo de cada ser humano mediante el acto libre de aceptación, que la hace depositaria de confianza. Sólo entonces puede el hombre preguntarse sinceramente por el porqué de las cosas, sin verse obligado a que la pregunta misma sea a la vez principio y final, es decir, una pregunta sin respuesta posible. Por otra parte, así se refleja también en cada persona la dinámica que, de modo espontáneo, opera en la relación interpersonal y hace de todo hombre que busca la verdad un ser que vive de creencias (*FR*, 31), porque “cada uno, al creer, confía en los conocimientos adquiridos por otras personas” (*FR*, 32). En definitiva, la Encíclica apunta a la necesidad de un nuevo clima, que establezca las condiciones adecuadas para que la razón arraigue y se desarrolle en armonía con las demás dimensiones de la persona, pues “no se ha de olvidar que también la razón necesita ser sostenida en su búsqueda por un diálogo confiado y una amistad sincera. El clima de sospecha y de desconfianza, que a veces rodea la investigación especulativa, olvida la enseñanza de los filósofos antiguos, quienes consideraban la amistad como uno de los contextos más adecuados para el buen filosofar” (*FR*, 33).

Estos presupuestos facilitan la tarea de trascenderse o salir de sí, mencionada más atrás, y a la que se refiere a menudo la Encíclica con los términos «abrir» y «apertura». Haciendo abstracción del rango magisterial propio de un documento de esta índole, y de la vigencia de tal calificación en el ámbito teológico, el texto de la *Fides et ratio* se puede leer como una invitación a la fe, a partir y por medio de –lo cual de ningún modo significa “como conclusión necesaria de”– un libre ejercicio del pensamiento. Por eso es muy adecuada la palabra «invitación», que aparece además en el texto mismo de la Encíclica, porque sólo aceptándola, incluso como un desafío, será posible después reconocer la presencia del misterio mismo de Dios, “que la mente humana no puede agotar, sino sólo recibir y acoger en la fe” (*FR*, 14).

Desde sus inicios, Dios y lo divino han constituido una ocupación fundamental de la actividad filosófica, impelida por su propia naturaleza a rebasar las fronteras de lo sensible y fenoménico. En ese impulso originario y constitutivo está en juego la dignidad misma del hombre y de la filosofía. De esta última se dice en el texto de la Encíclica que constituye uno de los principales medios para progresar en el conocimiento de la verdad y humanizar así la existencia, porque “contribuye directamente a formular la pregunta sobre el sentido de la vida y a trazar la respuesta: ésta, en efecto, se configura como una de las tareas más nobles de la humanidad” (*FR*, 3). En este pasaje se menciona la cuestión del sentido de la vida, expresión que, con diversas variantes, aparece repetidas veces en la *Fides et ratio*, hecho que ha sido subrayado en muchos de los comentarios que sobre ella se han escrito. Es otra manera de insistir en el carácter existencial y comprometido de la filosofía, que no puede considerarse ajena a las preguntas decisivas a las que se enfrenta todo ser humano.

Los diferentes intentos de dar con las claves de la existencia humana emprendidos en la moderna era del progreso están motivados por la convicción, explícita o no, de que la aparente opacidad de la naturaleza y la vida humanas, más que a una complejidad de fondo, sería debida a la ignorancia que impide desechar los restos de misterio sólidamente adheridos a nuestras categorías de pensamiento, con los que recubrimos piadosamente aquello que aún no estamos en condiciones de explicar de modo científí-

co. No obstante, se trata –afirman con orgullo– de una situación provisional, que pronto se convertirá en una simple anécdota del pasado. Así, el proceso de desocultamiento o desencantamiento al que se han sometido de modo sistemático todos los ámbitos de la realidad está originado en un optimismo que aspiraba en sus inicios a superar la finitud humana –que aparece con toda su fuerza en la cuestión inesquivable de la muerte–, pero sin rebasar el orden del tener, de lo cuantitativo, como una simple prolongación o inercia indefinida. ¿Cómo no recordar los últimos párrafos del *Esquisse* de Condorcet, donde alienta la firme esperanza de que, aunque el hombre no llegará a ser inmortal, sí podrá sin embargo aumentar incesantemente el intervalo entre el nacimiento y la muerte, de modo que la duración media de la vida se “acerque continuamente a una extensión ilimitada”? Este optimismo se ha mostrado, a la postre, devastador y, lo que es más grave, no ha arrojado la luz que de él se esperaba. Aún resuena en nuestros oídos la triunfante desventura de una tierra enteramente ilustrada, que con tono sombrío denunciaban Adorno y Horkheimer ante el espectáculo todavía humeante de una Europa en ruinas. Es como si tras la agitación febril que todo lo trastoca apareciera la nostalgia de lo que se ha perdido, el anhelo o añoranza del infinito que, para Horkheimer, es ante todo “miedo de que Dios no exista”. La revalorización del mito, característica de la segunda mitad de este siglo que ya acaba, rompe con la imagen negativa del mismo, que la época ilustrada se encargó de subrayar, y lo entiende como forma que a la vez transmite y preserva el misterio, sin rechazarlo ni pretender diluirlo en categorías racionales que, al fin y al cabo, son incapaces de dar cuenta de él.

El optimismo de la era del progreso se ha transmutado, especialmente tras la experiencia lacerante de las dos guerras mundiales, en un amargo pesimismo, que ha dado paso al temor, que llena de desasosiego y angustia a muchos de nuestros contemporáneos cuando se enfrentan a las cuestiones últimas. Ante una situación así, ¿qué hacer?, ¿dónde buscar la salida? La propuesta de la *Fides et ratio* es de índole claramente «religiosa», como no podía ser de otro modo, pero evita presentarla como una opción excluyente entre dos extremos contradictorios y propone, en cambio, partir de la instancia racional, sobre la que el pensamiento moderno ha construido su entero programa. Se podría

decir que la exclamación “¡atrévete a saber!”, proclamada como lema de la Ilustración, es recogida por el Papa, pero con una significativa corrección, que le lleva a preferir la exhortación esculpida en el dintel del templo griego de Delfos: “conócete a ti mismo”. Este último conocer es más saber que el primero, es auténtico saber, porque no se despliega en una anónima objetivación ajena al sujeto, sino que se dirige a lo más profundo de sí mismo y encuentra allí el resorte que ha de permitirle abrirse a la trascendencia. Y ése no es otro que el cultivo del pensamiento en libertad. Se da así la paradoja de que una de las características más relevantes de la modernidad como es su matriz antropológica, resulta, a fin de cuentas, una tentativa fallida que culmina en la disolución del sujeto, abrumado bajo el peso del carácter absoluto que se le pretendió dar (FR, 5).

Si hubiera que hacer un breve resumen del mensaje contenido en la Encíclica *Fides et ratio*, pienso que podría servir éste: el misterio, en el sentido más profundo y propio del término, que es el misterio de Dios, no es un espejismo o ilusión que hemos de desenmascarar, sino que existe, es lo más real, lo auténticamente real, y estamos invitados a adentrarnos en él mediante la fe, que se nos ofrece como un don. Esto no implica la renuncia a pensar, el rechazo de la razón, sino que, al contrario, una razón purificada

—esto es, humilde y atenta, que permanezca a la escucha y sea consciente de sus límites— está en condiciones de *reconocer* y, movida por la voluntad, se dispone a *aceptar* la verdad, sin que ello anule el carácter de desafío y de esforzada búsqueda inherentes a toda indagación racional. En suma, se trata de advertir que es la persona entera, con todas sus dimensiones —y no una razón abstracta y desencarnada, ni una voluntad ciega e impulsiva—, la que se compromete y decide emprender el camino. Es, ciertamente, un aliciente, que constituye al mismo tiempo un riesgo, pero tal es el contrapunto de una libertad que, aunque limitada, es dueña de su destino y no puede permanecer indiferente ante él, si no es a costa de renunciar a su propia condición libre.

* * *

En el presente número del *Anuario Filosófico*, dedicado a la más reciente de las Encíclicas de Juan Pablo II, se recogen algunas contribuciones que estudian diversos aspectos del documento pontificio. La variedad de temas tratados y de enfoques responde a la amplitud de perspectivas que abre un texto como la *Fides et ratio*, que resulta muy sugerente, porque tiene la peculiaridad de interpelar, de situar a la persona frente a las cuestiones verdaderamente decisivas de su existencia. Porque la Encíclica no sólo admite, sino que parece que invita a una lectura práctico-existencial, como muy certeramente pone de manifiesto la contribución de A. M. González, centrada en la idea del hombre como buscador. En este ámbito se sitúa también el artículo de J. F. Sellés, que aborda el estatuto cognoscitivo de la fe en la *Fides et ratio* a la luz del pensamiento de S. Tomás de Aquino y de Leonardo Polo, entendiéndolo como un acto de la entera persona.

Otra característica del documento es la referencia a muy diversas corrientes y tradiciones de pensamiento. Dos de las colaboraciones aquí incluidas, la de E. Moros, por un lado, y la de J. Nubiola e I. Aragüés, por otro, se ocupan de la filosofía analítica. En la primera de ellas, se adopta una perspectiva general, que considera en su conjunto la tradición analítica, mientras que la segunda se centra de modo explícito en la cuestión de la verdad, uno de los puntos verdaderamente nucleares de la *Fides et ratio*. Por su parte, C. Ortiz de Landázuri afronta directamente el problema de la crisis del sentido, estrechamente vinculado a la versión negativa o pesimista del postmodernismo, calificativo empleado con frecuencia para designar la época en que vivimos y al que se hace explícita referencia en el n. 91 de la Encíclica.

En la *Fides et ratio* son también numerosas las alusiones a las ciencias positivas, en cuanto que han contribuido decisivamente a modificar la vida del hombre y su propia visión y juicio de la realidad. Además, en no pocos casos, los éxitos de sus aplicaciones han llevado a la ciencia a extralimitar su alcance, planteando, bajo la forma de cientificismo, serias dificultades a la fe, con la que no raramente se considera incompatible. M. Artigas aborda directamente en su artículo el debatido tema de la relación entre ciencia y fe. M. Karol, en una breve pero muy precisa aportación, relacionada también con la ciencia, muestra un caso muy concreto de las dificultades inherentes a la traducción, que tantas

veces pasan inadvertidas y están en la base de muchas confusiones y malentendidos.

Como es lógico, Juan Pablo II no se ocupa sólo de las corrientes de pensamiento que son más o menos ajenas, y plantean más o menos dificultades, a una visión cristiana de la existencia. Su texto se dirige, ante todo, a los cristianos y ahonda en las fuentes de la atrayente y rica tradición cristiana. Una de las cuestiones que, en este sentido, resulta casi inevitable es la que gira en torno a la expresión «filosofía cristiana» (FR, 76), objeto de un célebre debate hace casi setenta años. El profesor J. García López, que en numerosas ocasiones se ha ocupado de este tema, precisa y profundiza aquí sus ideas a la luz de los textos de la *Fides et ratio* en los que se trata esta cuestión. Por su parte J. M. Odero, se plantea el tema del quehacer filosófico como actividad o trabajo profesional para un cristiano que se dedica a él y que ha de procurar, por tanto, armonizar del mejor modo posible esos dos aspectos que integran su personalidad, es decir, lo que es y lo que hace.

El tiempo, todavía breve, transcurrido desde la publicación de la Encíclica *Fides et ratio* es, sin embargo, suficiente para apreciar el extenso eco que ha provocado¹. El presente número monográfico del *Anuario Filosófico* no es sino una contribución más al ya abundante número de estudios sobre el particular². Al decidir elaborarlo, no se pretendía hacer una exposición exhaustiva de los diversos aspectos y problemas de los que se ocupa el documento. Hubiera sido una tarea casi irrealizable. Cada contribución se plantea como una reflexión que, al incidir sobre un aspecto determinado, le proporciona una mayor nitidez y proyecta sobre el conjunto la luminosidad y el relieve necesarios, con sus contrastes, sus sombras y sus profundidades que quizá sólo se dejan entrever. Tarea del lector es acudir a la fuente que se halla

¹ E. Moros, "La Encíclica *Fides et ratio*. Notas sobre su recepción", *Scripta Theologica*, 1999 (31), 867-889.

² Me limito a citar tan sólo las actas del Simposio organizado en mayo de 1999 en la Universidad de Navarra: J. Aranguren / J. J. Borobia / M. Lluch (eds.), *Fe y razón. I Simposio internacional 'Fe cristiana y cultura contemporánea'*, Eunsá, Pamplona, 1999. Pueden verse otros estudios en el artículo de E. Moros citado en la nota anterior.

en el origen de las intuiciones y sugerencias que aquí se exponen y a la que de ningún modo tratan de sustituir.

Víctor Sanz Santacruz
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
31080 Pamplona España
vsanz@unav.es